

Extractos de “Catalanes y castellanos”, primer capítulo de *Adolescencia en Barcelona hacia 1970* (ed. Destino, Barcelona, 2007)

Laura Freixas

CATALANES Y CASTELLANOS

Como muchos catalanes, yo crecí entre dos lenguas; como muchos españoles de mi generación, entre dos modos de vida: la ciudad y el campo, aunque éste fuera ya sólo una sombra, un recuerdo, un fantasma hermoso y triste; yo además crecí entre dos clases sociales: burguesía catalana e inmigrantes castellanos, y estudié en un colegio francés, donde nuestra realidad se contemplaba con desdén, como si fuera de juguete o de segunda mano, comparada con la vida verdadera encarnada por *la France* lejana y prestigiosa; y crecí, como todo el mundo, entre personas de dos sexos. Todo, en fin, a mi alrededor era doble, contrastado, conflictivo; nada terminaba de casar. Yo misma me sentía un híbrido, una combinación contra natura, un bicho raro, uno de esos animales fantásticos inventados por los lectores de *Pilote* y que la revista publicaba acompañados de un dibujo hecho por sus ilustradores; mandé uno, el *taureaussignol*, que apareció con su ilustración correspondiente –el cuerpo de un toro rascando el suelo con la poderosa pezuña mientras su cabeza de ruiseñor trina dulcemente- en el número 555 de la revista; fue la primera vez que vi mi nombre en letra impresa.

Mis dos familias representaban dos maneras muy distintas de estar en el mundo. Los unos eran ricos, los otros pobres; los unos catalanes, los otros castellanos; los unos asentados y enraizados, familias *de toda la vida*, gente que estaba y se sentía en su casa, en todos los sentidos del término; los otros de paso, en tierra ajena, realquilados, empujados por los vientos de la miseria y de la historia. Si en Cataluña –esa es la sensación que tengo desde que empecé a verla desde fuera- la gente se divide en dos: *nosotros* y *los otros*, mi familia reunía a ambos grupos, y yo los veía contemplarse con curiosidad, pero sin cariño; tolerarse y convivir mal que bien, sin amalgamarse nunca; cuando por fin ha nacido una generación, la mía, en que se mezclan las dos vetas, no por eso se confunden: vemos las cosas desde dentro y desde fuera, de frente y de lado, en dos colores.

(...) ¡Ay, España! Lo que sentíamos por ella no era ya el desgarramiento, la zozobra, el angustioso amor, de la generación de mis abuelos; era fastidio, exasperación; era bostezo: no ya el “me duele España” de Unamuno, sino “me aburre España”; era incredulidad de que existiera todavía -mientras en París triunfaban el amor y la revolución y en Londres los Beatles y la minifalda- algo tan trasnochado y rancio, tan grotesco y ridículo, como lo que cada mañana nos servían los periódicos: ese Movimiento cuyo único empeño era inmovilizar el país, congelarlo en una foto fija de los años cuarenta; esa censura que nos prohibía, como si fuéramos niños, leer a Freud, a Marx, a Sartre; esos mamarrachos con bigotito y banda azul proclamando su “adhesión inquebrantable al glorioso Movimiento Nacional y a la persona del Caudillo”... Y ya era mala pata que todo eso nos hubiera tocado soportarlo precisamente a nosotros. ¡A nosotros, que comentábamos en la mesa los debates sobre la *littérature engagée* que traía *Le Nouvel Observateur* y las historias de adulterio de *Marie-Claire* (cuando la censura no se había tomado la molestia de arrancar, en todos y cada uno de los ejemplares que pasaban la frontera, las páginas correspondientes)! ¡A nosotros, que leíamos *dans le texte* a Sartre (porque en francés, en la Librería Francesa del Paseo de Gracia, sí se encontraba) y recitábamos de corrido aquella anécdota, cuando se puso a repartir panfletos maoístas con la esperanza de que le detuvieran, pero De Gaulle lo impidió con una frase lapidaria: “*On n’arrête pas Voltaire!*” ¡A nosotros, que habíamos ido a Perpiñán a ver *Emmanuelle* en familia!.. Mientras en Francia el secretario del muy oficial Partido Comunista debatía en televisión con un escritor de derechas y ganaba el mejor (“*Mais, Monsieur, vous faites de l’anticommunisme primaire! –Alors, donnez-moi du communisme secondaire et je vous ferai de l’anticommunisme secondaire*”), en España sólo se oía una voz, hablando machaconamente de “rojos separatistas”, “contubernio judeo-masónico” y “el oro de Moscú”... Mientras en Francia, Peyrefitte publicaba *Les amitiés particulières*, Gide se confesaba pederasta, Jane Birkin y Gainsbourg jadeaban a dúo en *Je t’aime moi non plus*, y en cualquier teatro de bulevar se podía ver una obra muy conocida en la que el protagonista le dice a su mujer: “*Quand vous*

serez morte, Madame, vous serez enfin froide (“cuando esté usted muerta, señora, por fin será fría”), a lo que ella, muy digna, le contesta: “*Quand vous serez mort, Monsieur, vous serez enfin raide*” (“y cuando usted esté muerto, por fin estará tieso”), en España, si alguna vez una actriz, en algún momento de la película, aparecía en la cama –en el papel de legítima esposa, naturalmente-, llevaba el embozo subido hasta la barbilla.

Y todo así: las comparaciones eran desesperantes. En Francia se exhibía Brigitte Bardot, en camiseta y short, cantando *Je me donne à qui me plaît*, en España se exhibía doña Carmen Polo de Franco, con mantilla y dos vueltas de perlas, yendo a misa. En Francia llevaban siglos discutiendo abiertamente sobre religión, del sonriente cinismo de Henri IV haciéndose católico para ser rey de Francia –“París bien vale una misa”-a los elogios de Sartre al ateísmo, “duramente conquistado a lo largo de toda una vida”, de André Gide; en España la enseñanza de la religión católica era obligatoria, Franco entraba en la iglesia bajo palio y para poder casarse por lo civil había que hacer acto de apostasía. En Francia una chica de diecinueve años se hacía famosa de la noche a la mañana con una escandalosa novelita, *Bonjour tristesse*, y después seguía publicando y dando que hablar, como muchas otras mujeres – Beauvoir, Sarraute, Duras...- que escribían, viajaban, tenían amantes... y en vez de censuradas, marginadas y vilipendiadas, eran, ante nuestros ojos incrédulos, celebradas y respetadas; en España, las pocas escritoras que se dieron a conocer después de la guerra, habían desaparecido de la escena en un abrir y cerrar de ojos, rápidamente casadas, convertidas en católicas o alcohólicas o madres de familia numerosa.

Hasta el catolicismo reaccionario tenía, en Francia, otro aire: se nos aparecía envuelto en las extravagancias de la Condesa de Ségur, con su imaginativa Sophie que cortaba una avispa en rodajas, sus crueles padrastrós rusos que en vez de dar a los niños un simple cachete –como se hacía por estos pagos- los azotaban con un elegante *martinet*, y sus malvadas nodrizas que en el colmo de la desvergüenza, se bebían el chocolate destinado a sus pupilas, sin que la madre de éstas se enterase, ocupada como estaba en disfrazarse de personaje bíblico para un *tableau vivant* sobre “Esther et Asuérus” y otras cosas rarísimas.... Yo soñaba, claro está, con viajar a Francia, con vivir en Francia; soñaba incluso, secretamente, en conseguir -no sabía cómo- ser francesa. Pero no era imprescindible. Porque por sí solas, esas piezas que afanosamente reunía con pasión de coleccionista, iban colocándose, componiendo el rompecabezas, y ante mis ojos se dibujaba, tomaba cuerpo –y la tenía a mi disposición, toda para mí sola, oculta en mi fuero interno: un reino en el bolsillo- la realidad de otro país: otra cotidianeidad, otros referentes, historias, sobreentendidos, otra vida posible.

En realidad, nosotros no teníamos nada contra la idea de que los españoles eran unos paletos: estábamos dispuestos a sumarnos, con el mayor entusiasmo, al deporte de despreciarlos, a condición, claro está, de hablar de ellos en tercera persona, compartiendo la primera con nuestros prestigiosos amigos franceses. Pero vaya por dónde, los interesados no lo veían así. Por mucho que exhibiéramos nuestros conocimientos de la lengua y la cultura francesas, por mucha pedantería que desplegáramos (eso a mí, modestia aparte, se me daba especialmente bien), ellos nos trataban siempre con una especie de condescendencia. De la cual, bien mirado, nosotros éramos los primeros culpables: con nuestro desenfrenado esnobismo, nuestra actitud admirativa y servil, nuestro desesperado esfuerzo por ser lo más franceses posible (pero siempre nos quedaba, ay, una laguna, siempre había una pequeña ignorancia, un errorcillo de pronunciación, una metedurita de pata, un agujero por donde nos asomaba el pelo de la dehesa), con nuestro diligente desprecio de todo lo español (que ni siquiera conocíamos, en parte porque lo español olía a franquista y nos echaba para atrás, en parte por un complejo de inferioridad hereditario), no parábamos de tirar piedras contra nuestro propio tejado. En el Liceo, la situación rizaba el rizo: no eran ya –no eran sólo- los franceses quienes nos miraban por encima del hombro, sino nuestros propios compatriotas adscritos a la Sección Francesa. Tenían, hay que reconocerlo, otro aire que nosotros: ellas eran más rubias, más liberales, más extravagantes, con faldas largas o muy cortas, o incluso –qué envidia nos daban, sobre todo en invierno, cuando en el patio se nos helaban las piernas- pantalones, y un libro de Rimbaud debajo del brazo; ellos con un cierto toque *hippy*, más melencólicos, más desenfadados que los chicos de la Sección Española. A veces, cuando coincidíamos con ellos en el autocar, se dignaban hablarnos, y pronto, indefectiblemente, estaban haciéndonos preguntas capciosas (¿es verdad que os prohíben llevar pantalones?... ¿os obligan a ir con bata?... y en esa asignatura... cómo se llama...F.E.N, ¿tenéis que gritar Franco, Franco, Franco?... ¿no os pone un poco nerviosos, cuando salís al recreo, ese vigilante paseando por medio del patio, entre las

chicas a un lado y los chicos a otro?... ¿no sería más sencillo poner una alambrada?... a fin de procurarse deliciosos escalofríos a costa de la Inquisición española, versión colegio, y sus siniestros detalles. Fue un buen entrenamiento para lo que me esperaba cuando empezase a viajar fuera de España.

De toda esa mezcla que fue mi educación, entre Lloret de Mar, la Plaza Molina y Arenas de San Pedro, entre el barreño y el bargueño, la ardilla y el *écureuil*, entre pijos, paletos, charnegos, *franchutes* y *castellanufos*, me quedaron dos cosas. La primera, una especie de perpetua extraterritorialidad: el estar en el filo entre varias identidades, con un pie dentro y otro fuera; la conciencia de que las cosas se pueden hacer, la vida vivirse y pensarse, de distintas maneras, sin que ninguna se imponga, surja con naturalidad, caiga por su propio peso... Y la otra, una inquietante sensación de que como escribió Rimbaud, *la vraie vie est ailleurs*, la verdadera vida está en otra parte, en el Charco Verde o en el Café de Flore, en cualquier lugar donde no estemos.

Los españoles eran espontáneos, cálidos, directos, acogedores, sin pretensiones. Sí. O indisciplinados, ignorantes, ásperos y gritones: todo dependía de cómo se mirase. Los castellanos, rectos, dignos, dotados de una innata nobleza y desdeñosos del dinero. O rígidos, provincianos, apocados e inadaptados al mundo moderno.... Los catalanes daban la sensación de ser una minoría compacta, con un lenguaje propio –no sólo el catalán, sino una serie de guiños, sobreentendidos y códigos privados-, como una gran familia, sensación reconfortante a ratos, y a ratos exasperante. De los franceses se podía envidiar la riqueza de su historia, su literatura, su *savoir-vivre*; su larga tradición democrática; su cosmopolitismo; su respeto a las normas, su idolatría de la cultura como valor supremo... o detestar su pedantería, su formalismo, su grandilocuencia, su trato estandarizado, su convicción de superioridad.

De mis abuelos maternos yo admiraba el estoicismo con que sobrellevaban la pobreza, y su capacidad de adaptarse, de no molestar, de hacerse un hueco en cualquier sitio: estuvieran en casa propia o ajena –para ellos, no había mucha diferencia-, mi abuelo se hacía invisible y mi abuela se hacía útil: él leía el periódico o miraba al vacío, y ella fregaba los platos. Se sometían a un mundo que les era ajeno; nos contemplaban a nosotros, sus nietos, hacer cosas que estaban fuera de sus coordenadas y renunciaban a juzgarlas o entenderlas. ¿Era aquella amplitud de miras, respeto al prójimo, independencia de espíritu? ¿O era, bajo una máscara de dignidad y de desdén por las cosas terrenales, una forma de derrota, de claudicación, de impotencia? No tenían ambición alguna; no tenían ni siquiera proyectos: se dejaban llevar, arrastrar, por la fuerza de las circunstancias, y bastante tenían con flotar en la corriente. Mi abuelo le tenía miedo a todo: a los ladrones, a la electricidad, al naufragio, a la ruina, al despido, a los motores, a la sinceridad (“las palabras son puñales”, exclamaba, con ese dramatismo tan suyo), a los préstamos hipotecarios, al infarto, a las tormentas. Sobre todo, tenía pánico a tomar decisiones, pavor a asumir riesgos, fobia a la responsabilidad y terror al conflicto; no es de extrañar que recordase con nostalgia la temporadita que pasó en la cárcel, en el verano de 1939. Justo es decir que tenía, por otra parte, un férreo sentido del deber. Durante la guerra, estando él y un compañero en una estafeta de correos del frente, empezaron a caer bombas. “Oiga, Revuelta, esto se pone feo, yo me voy”, le dijo el otro, y se marchó; no así mi abuelo, que se quedó en su puesto, con los dientes castañeteándole, supongo, pero cumpliendo con su obligación ... Mi abuela tampoco era miedosa –cuando los nacionales bombardearon Barcelona, ella, tras unas cuantas noches en el refugio antiaéreo, decidió que no iba a soportar más barro, hedor, y ratas: puestos a morir, mejor morir en la cama; no bajó más-, seguramente porque siempre vivió en un mundo muy pequeño y cerrado, desde luego lleno de desgracias, pero desgracias que no eran culpa suya ni podía remediar: soportarlas con resignación bastaba. La angustia de la libertad le era desconocida.

Muy distinta era mi familia paterna. A ellos, el mundo no les venía grande, ni les quedaba por encima: estaba a su altura y su medida. Lo que había que hacer, se hacía, sin darle demasiadas vueltas: construir una casa, fundar una empresa, pedir un crédito, ir en barca, pilotar un avión o rodar una película. Las cosas no eran misteriosas, amenazadoras, no se hacían una montaña, como para los Lozano y los Revuelta. Los Cortés y los Freixas entendían el mundo, entendían cómo funcionan las tormentas, los motores, las hipotecas, y por lo tanto no les tenían miedo. Tampoco les impresionaban las personas. Mi familia materna vivía con la convicción fatalista de que los ricos, los poderosos, y hasta los que se espabilan, tienen suerte,

se salen con la suya, siempre son otros; nosotros nunca íbamos a salir de pobres y más nos valía callar, obedecer y no pasarnos de listos. Para mi familia paterna, en cambio, los poderosos eran de los nuestros: el director del colegio o del banco, el editor o el productor de cine, y hasta si me apuran el ministro, si no era primo nuestro o antiguo compañero de colegio o amigo de los amigos con los que jugábamos al bridge, podía haberlo sido, y si algún ministro aparecía por casa, le sacaríamos un whisky y unas aceitunas, tratándole de tú y poniendo los pies encima de la mesa.

Para mi familia materna, el dinero no existía, salvo como necesidad nunca del todo cubierta, como ausencia, como preocupación perpetua. Mi familia paterna, en cambio, le profesaba un respeto exagerado. El dinero era el signo del triunfo; era una armadura que convertía en invulnerables a quienes lo tenían en cantidad suficiente; era la medida de todas las cosas. Todo, en la vida, era relativo, opinable, dudoso, todo según el color del cristal con que se mire; sólo el dinero era incontrovertible. A una de mis tías, su madre le recitaba –cruelmente, porque mi tía se había casado con un hombre que no se ganaba bien la vida- la lista de las parientes, amigas y conocidas que se habían “casado bien”. “Pero cómo”, exclamó mi tía al llegar a un determinado nombre, “si su marido la engaña... si la pega... si la tiene en un puño...”. Su madre siguió haciendo calceta, en silencio. Cerrado el paréntesis, continuó: “*I la que també s’ha casat molt bé...*”

Mi familia materna era desprendida, generosa: durante y después de la guerra, acogieron en su casa, apretujándose –cuatro personas dormían en un cuartucho en el que a duras penas cabían los dos pares de literas- y quedándose a veces sin comer, a parientes, amigos y hasta simples conocidos a los que la guerra había dejado sin techo y sin trabajo. Dudo mucho que mi familia paterna hubiera hecho algo parecido. A mi familia materna, el concepto de propiedad le resultaba ajeno; para mi otra familia era fundamental: a mi abuela Carmen la sorprendía profundamente que mi abuela Mercedes disfrutara tanto del jardín de Lloret, que no era suyo. Y esa necesidad de poseer como condición indispensable para amar, no se aplicaba solamente a las cosas: se extendía a las personas. Se las amaba, en cierto modo, como a cosas: por sus cualidades objetivas, computables, exhibibles, y a condición de que nos perteneciesen: de que fuesen nuestros, de nuestra sangre, con nuestro apellido, y a ser posible, además, *que fessin patxoca*, que lucieran, que nos hiciesen quedar bien.

¿Y cómo escoger, entre actitudes tan opuestas? ¿Cómo conciliarlas? ¿Cómo hacerse una indumentaria propia combinando cartuchera, sari, pajarita, sombrero tirolés y alpargatas con cintas? Me pasé la infancia jugando a disfrazarme y soñando con viajar, cambiar de nacionalidad, vivir en muchos países, casarme con un extranjero: buscando otro terreno, un *ailleurs* que me eximiera de elegir, que estuviese por encima del fragor de la batalla. Me la pasé, sobre todo, leyendo. En la escuela primaria, pedí prestados a la biblioteca y devoré uno por uno todos los títulos de una colección de cuentos y leyendas de distintos países: esquimales, nepalíes, africanos, escandinavos, japoneses. En cierta ocasión, en una hora en que nos permitían leer, la profesora me llamó; no la oí; me llamó más alto; seguí sin oírla; sólo cuando toda la clase, muerta de risa, gritó a coro mi apellido, levanté la cabeza, sonrojada. Había encontrado mi país, mi familia, mi identidad; a la frase de Rimbaud, *la vraie vie est ailleurs*, había encontrado la respuesta de Proust: la vida verdadera, la vida entendida por fin, la vida plenamente vivida, es la literatura.